

## EL MALVADO

A los niños se les enseña que hay buenos y malos. Parece un fundamento de la moral o por lo menos de un juicio moral. Tal vez esta diferencia existe solamente en las películas de segunda o tercera categoría. Los niños creen en la lucha entre los buenos y los malos. En la literatura "buenos" y "malos" se encuentran en novelas policiales y en novelas de espionaje, —pero eso de mencionar espionaje ya indica una apreciación ambigua, porque lo bueno para un bando es lo malo para el otro.

El Derecho Penal asume que ciertos actos sean "malos" o por lo menos prohibidos. Pero cuanto más moderno y progresista, tanto menos se sostiene la maldad como tal. Se hablará de prescritos y de necesidades sociales. La psicología encuentra excusas para los actos malos.

Con todo existe el hecho de que actos malos se cometen: asesinatos, robos, violencia. En nuestra época se han cometido los crímenes más atroces en la historia de la humanidad. El mal no puede negarse. ¿Existe el hombre malvado?

Los más grandes criminales de guerra se defienden con haber cumplido "su deber". Siempre hay otro que ha mandado. ¿Debe un hombre rehusar el cumplimiento de este deber? —El comandante de uno de los más horribles campos de exterminio escribió sus memorias antes de ser ahorcado. Una editorial imprimió estas memorias, lo que también es un acto moralmente dudoso. En estas memorias el autor, asesino de muchos miles de seres humanos indefensos, se ve a sí mismo como un buen hombre, pequeño burgués que



cumplió sus tareas. A las víctimas del campo de concentración que servían en su propia casa los trató humanamente, hasta bondadosamente. Lo sorprendente es que no muestra rasgos de sadismo; en criminología, en psicología, hasta en literatura moderna se busca las causas patológicas, psicopatológicas. El asesino de masas no se consideró a sí mismo como un extraviado: era un buen burgués! Es el fenómeno más tremendo que el asesino de masas puede ser un hombre "bonachón", un empleado cumplido, "normal"... — El oficial aviador que echó la primera bomba atómica no puede soportar su conciencia. Recibe una renta de inválido. ¿Es que se volvió loco? ¿Era ya loco cuando aceptó el honroso encargo? ¿Era un individuo malo cuando cumplió su deber de matar a 200.000 seres humanos que eran enemigos?

Hace poco hubo una gran discusión alrededor del perdón concedido a un asesino. Había asesinado por curiosidad. Un joven de familia rica que junto con un amigo quiso conocer los sentimientos de un asesino, y que también quería cometer "el crimen perfecto". Gracias al excelente abogado que sus padres podían pagar no fue a la silla eléctrica. Durante muchos años de prisión se mostró como hombre ejemplar. Ayudó y enseñó a otros presos. ¿Es un individuo "malo", es un malvado, —está redimido?

En la literatura el "malvado" desempeña un papel importante. Es muchas veces la persona interesante, y parece que en el teatro frecuentemente es un papel deseado por los actores. Pero cuando encontramos un malvado no creemos en él, como no creemos en el bueno sin tacha. Literatura que pinta en "blanco y negro" nos parece por lo general mentirosa, inverosímil. Fácilmente la consideramos falsificada.

Miremos una vez a los grandes malvados de la literatura universal. Comencemos con Caín, según la Biblia el primer asesino. ¿Es Caín malvado? —Mata a Abel porque Dios no acepta su sacrificio. Dios condena a Caín antes de que éste cometa el asesinato! Dios prefiere al ganadero, al nómada. El agricultor Caín transforma el mundo, interviene, cambia; no es piadoso como Abel. Pero Caín no lo sabe, él es expulsado, pero no absolutamente culpable. Dios le protege porque lo merece en cierto modo. Evidentemente Caín no es malo "porque sí". — En cierto sentido el destino de Caín se repite en Judas. Si Jesucristo ya dice que alguno de los discípulos le va a traicionar, el destino parece inevitable. Además sin la traición de Judas el sacrificio de Cristo



no sería posible. Judas es necesario. . . . Es curioso cuanto se ha escrito en defensa de Judas. Para Quevedo (en "Los Sueños") es un tipo anormal. Para el autor moderno Egon Friedell espera la redención física de su pueblo y está amargado. Para Ibsen Caín, Judas y Juliano Apóstata son las "piedras angulares" en el edificio de la necesidad. La necesidad, la inevitabilidad del Mal es una idea muy antigua.

Los poetas trágicos griegos lo conocían. En la obra de Esquilo no hay malvados propiamente dichos. Agamemnon comete su crimen, —el sacrificio de su hija—, por "piedad" o para cumplir su deber (¡ya el deber!) para con su ejército. La maldad de Clitemnestra, —su traición y el asesinato de su marido—, son consecuencia del rencor producido por la muerte de la hija. Orestes mata a su madre por ser su "deber sagrado", pero las Erinias lo persiguen. ¿Son estos héroes malvados? Esquilo el más grande de todos los poetas dramáticos, ni lo disputa! Pero en Prometeo parece que sí hay un malvado, este malvado es Zeus, el dios más poderoso. Acaso ni Zeus es villano, el malvado es el mismo destino que rige el mundo. Este destino trágico domina después casi todos los grandes dramas de la humanidad. Sófocles desciende de los dioses a los héroes. Edipo mata a su padre y tiene hijos en su madre. Pero Edipo no nos parece nunca un villano; es el hombre víctima del destino. Antígona, la figura más cariñosa, la mujer más buena, es sacrificada por Creonte su tío. ¿Pero es Creonte malvado? Cumple con su deber de rey, mantiene el orden. Malo es el hermano que ataca a Tebas, bueno el que la defiende; y ya encontramos aquí en plena leyenda una diferenciación social, hasta cierto punto utilitaria.— El tercer poeta trágico, Eurípides, ya es más pequeño, "humano" se dice; explica psicologizando, encuentra defensas humanas para su asesina Medea; nos parece "moderno".

Más tarde encontraremos siempre algo humano en el malvado, sin este ingrediente no lo aceptamos. El malvado como figura de por sí nos parece artificial.

Demos un gran salto y miremos a dos de las figuras más grandes de la literatura universal, los dos que murieron en el mismo año (1616): Cervantes y Shakespeare. Muchas veces se considera a los españoles como crueles, pero el más grande escritor de España es el menos cruel de todos los hombres de letras. Comprende todo y perdona todo. Es un fenómeno sorprendente, inquietante que Cervantes, duran-



te años cautivo y esclavo de los Moros, los pinta siempre humanamente; más que esto, el moro expulsado, víctima de persecución, es la figura más conmovedora en el "Don Quijote". En sus dramas y en sus entremeses los moros son hombres tan buenos y tan malos, tan humanos como los cristianos. Los héroes de Cervantes yerran (casi siempre), pero no son malos por naturaleza. Hasta a las personas que pueden ser las más odiosas les perdona. La hostelera en "Los Trabajos de Persiles y Sigismunda" que trata de envenenar a la heroína está bajo amenazas, obra por miedo y se le perdona. La vieja bruja y alcahuete en "La Tía fingida" no es quemada, es suficiente el azotarla. Los "malvados" existen solamente en la imaginación de Don Quijote, de quien su autor no se cansa nunca de repetir que está loco. Lo triste es que en la época de Cervantes sí hubo guerras, asesinatos y hogueras. Pero para Don Miguel no hay enemigos. En la "Española Inglesa" la corte de la archienemiga, la gran reina Isabel de Inglaterra, es una corte decente y la reina una reina con dignidad. Sabemos que sería muy fácil pintar a Isabel I. en colores muy diferentes, y eso que ella era la enemiga de España en política, en religión —y lo que es más grave: era victoriosa.

Tampoco en el drama español encontramos la figura del villano. Ciertamente es que el Comendador en "Fuenteovejuna" de Lope de Vega es malo. Debe ser malo para excusar el crimen libertador del pueblo. El "Médico de su honra" de Calderón nos parece hoy malo por nuestros puntos de vista morales, no lo era en la época de Calderón. En las obras más sobresalientes no hay malvados. En "El Alcalde de Zalamea" el noble tiene sus razones para no casarse con la hija del villano, pero el villano hecho alcalde tiene razón en ahorcar al noble que le ofendió! En "La Vida es Sueño" el hijo rebelde no parece malo, y por lo tanto puede ser perdonado y redimido. No puede decirse que la figura del malvado domina en la literatura española.

Muy diferente parece Shakespeare, el poeta dramático más grande de la Europa occidental. Nos muestra la más acabada galería de asesinos, intrigantes, y bandidos. Para el hijo de la Inglaterra conquistadora todo lo que está en contra de su patria es malo. Por lo tanto pinta a Juana de Arco como bruja y criminal, —de otra manera no sería explicable que ella lograra vencer a los ejércitos ingleses, (primera parte de "Enrique VI"); se trata de una obra juvenil



bastante mala. En otra de sus obras tempranas, "Titus Andronicus", hay una acumulación insoportable de crueldades y maldades, y el joven Shakespeare ni se esforzó en encontrar motivos. Buscó simplemente el efecto crudo sobre un escenario también bastante crudo. Hasta las figuras más nobles de Shakespeare son violentas. Hamlet tiene grandes dudas en matar a su tío, en matar a un rey; pero no titubea en mandar a Rosenkrantz y Guldenstern hacia la muerte segura, ni de matar al viejo Polonius que en el fondo no es más que un tonto inofensivo. Pero Hamlet es filósofo profundo y pertenece decididamente a los "buenos". El rey Claudio por cierto es malo. De ninguna manera es malo sin motivo, quiere ser rey y tal vez quiere a la esposa de su hermano. En lo más profundo Hamlet se opone a la maldad ciega de su corte, quiere detener la ola de asesinatos, quiere investigar y ser justo, —y solamente produce un tremendo baño de sangre! Creo por lo tanto que "Hamlet" no puede explicarse "psicológicamente", sino como tragedia del destino, siguiendo las huellas de Esquilo. Lo trágico en Hamlet no es que titubea, que duda, como se ha sostenido, sino que se opone al destino. El destino es de todas maneras trágico, cruel e inevitable.

También en la más grande de las tragedias de Shakespeare, el "Rey Lear", encontramos el destino inevitable. De ninguna manera puede considerarse esta obra como una tragedia de caracteres, es un cuento antiguo, una saga. Las dos hijas malas son típicas figuras del cuento de hadas, no se necesita motivación para ellas. Mucho más interesante es Edmundo Gloucester, el malvado, precursor de toda una generación de villanos (entre ellos el Francisco Moor de Schiller). Precisamente: Edmundo Gloucester es "villano" por ser hijo bastardo, por su nacimiento extramarital que le excluye de la herencia y de la nobleza. Se venga por haber sido maltratado por los hombres, ya no por el destino. Aunque un malvado casi perfecto, Edmundo capta nuestro interés, en ciertos momentos nuestra simpatía. Desde luego paga sus crímenes con la vida, pero el buen rey Lear muere también, y Cordelia, la más buena de todos, es ahorcada, mientras que a Edmundo se le concede la muerte en un duelo honroso! En el fondo: los buenos y los malos están sujetos al destino y perecen. No se puede decir que los malvados son "culpables". El viejo rey loco, pero precisamente cuerdo por primera vez en su vida lo dice en el monólogo cumbre de la obra



poética de Shakespeare: "Ningún hombre es culpable, ninguno!".

Macbeth, el asesino de reyes, puede parecer un monstruo —¿o será su esposa el monstruo? Acaso Macbeth es una víctima débil de la ambición de su esposa, y ésta no puede soportar su culpa. En Macbeth sí aparece la culpa. ¿Pero no será otra vez mitigada por la inevitabilidad del destino? Las brujas vaticina a Macbeth su destino: que él será rey. Qué otro camino le queda que cumplir su destino, tiene que alcanzarlo asesinando a los que están en su camino. . . , en el fondo la disculpa eterna del Mal.

Uno de los malvados más perfectos, famoso actualmente también por una película magistral, es Ricardo III. En las "tragedias históricas" Shakespeare es más prejuiciado, más injusto que en sus otras obras. Ricardo era el luchador principal de la casa York en la guerra de las rosas. Los Lancaster, antepasados de los Tudores y reyes de Shakespeare, ganaron. Por lo tanto Ricardo debía ser malo, peor tal vez que el rey histórico. Ricardo es un malvado bien motivado: es hermano menor, excluido del poder, y sólo encuentra el camino sobre los cadáveres de sus hermanos. Además y muy importante, Ricardo es feo, jorobado, la naturaleza ha sido mala con él, por lo tanto dice: "He resuelto hacerme malvado". Con todo el rey Ricardo III. es bien diferente de los malos de nuestro tiempo: es y queda un rey, consciente de su maldad, conscientemente responsable, un malvado de gran tamaño y de una inteligencia superior, y un hombre valiente, valiente hasta el fin, rebelde hasta contra el destino. No busca excusas pequeñas. Es un malvado que conquista el respeto del espectador.

Parece tal vez raro que incluya también a Shylock en la galería de los malvados. La figura del judío en el "Mercader de Venecia" es una de las más discutidas en toda la literatura. Durante largo tiempo el papel de Shylock fue representado como papel cómico, hasta que uno de los más grandes actores ingleses le descubrió como figura trágica. En verdad lo redescubrió, puesto que para Shakespeare Shylock debe haber sido una figura trágica. La prueba: que el papel fue desempeñado en el Globe Theatre por Richard Burbage, amigo del autor y más gran actor trágico de su elenco, el primer Lear y el primer Oteló. Heine empezó con la defensa del Judío que exige una libra de carne de su deudor según consta en su contrato. Más tarde el famoso críti-



co Georges Brandes quiso probar que Shylock es el héroe trágico, una especie de apología del judío. Se refiere al médico López, judío español, acusado de haber tratado de envenenar a la reina Isabel y cruelmente ajusticiado. Es verdad que siglos antes de Shakespeare no hubo judíos en Inglaterra. Pero precisamente la falsa acusación contra López (una intriga del Earl of Essex, amante de la reina y más tarde él mismo ejecutado por traición) despertó interés en el tema, un interés indudablemente hostil. Una obra anterior de un competidor de Shakespeare "El Judío de Malta" era francamente antijudía y pintó al judío como criminal y malvado. Shakespeare escribió una comedia. El centro de ésta es el proceso y la habilidad de la joven e inteligente Porcia, y el judío queda de veras engañado y algo cómico. Shylock representa en cierto sentido al malvado de tiempos posteriores, es decir al hombre que "tiene razón" exigiendo una cosa perversa. Pero Shakespeare, un gran conocedor del alma humana y estudiando a la figura de su héroe, descubrió los motivos: el maltrato sufrido, el deseo de venganza por las ofensas recibidas, lo que para Shakespeare era justo. Por lo tanto Shylock es un hombre que quiere obrar mal por una causa justa. Además, aunque Shakespeare no conocía personalmente a judíos, una cosa es típicamente judía en Shylock: tiene fe en su derecho y en la justicia! Shylock no sufre la sanción de los otros malvados en la obra de Shakespeare, —pierde sus tesoros, tiene que bautizarse—, pero esto no parece una condena, sino por lo contrario quiere decir que es aceptado en la sociedad de los Venecianos.

Siempre podemos comparar la posición de Shakespeare con la de su contemporáneo Cervantes, ciudadano de otro país del que los judíos habían sido expulsados, pero que conocía sin duda a judíos, por lo menos los del norte de Africa. En un drama de Cervantes un niño cristiano rehuye convertirse al Islam y prefiere la muerte. Pero en la misma tragedia un monje quiere bautizar a un niño judío y fracasa en su intento; es decir que Cervantes era enemigo de cualquier conversión a la fuerza y defensor de los derechos humanos en todas las circunstancias.

Shylock representa algo nuevo, es un malvado con motivos que nos hacen dudar de su maldad. Se vuelve malo obligado por las condiciones de su vida, por la injusticia de la sociedad en la que vive.



Muchos consideran a Yago en el "Otelo" como el malvado más perfecto. Se ha sostenido que Yago no tiene motivo para obrar contra Otelo, por lo tanto busca motivos, —la sospecha de haber sido engañado por su propia mujer, que sin duda es falsa. La verdad es que Yago no es ascendido, que es superado por Casio... y que se siente ofendido por su general, el moro, a quien considera como de una raza inferior a la suya. Yago obra por odio racial, motivo muy característico en el anglosajón (Shakespeare olvida siempre que sus héroes son nominalmente italianos). Shakespeare desarrolla magistralmente la intriga del joven (Yago tiene 29 años) ambicioso. Mientras que Shylock tiene cierta razón en su rencor, el rencor de Yago es infundado; Yago es el malvado perfecto.

El más gran contemporáneo de Shakespeare, Christopher Marlowe, escribió un "Doctor Faustus". Desde luego la obra más famosa sobre Fausto es la tragedia de Goethe. Nos interesa en esta conexión porque el diablo debe ser la encarnación, el mismo principio del mal. Es un hecho curioso que el diablo parece ya en las leyendas populares con frecuencia no como algo grande, sino como "pobre diablo" engañado, es decir el diablo es muy humano. Estas leyendas muestran en su mayoría una desviación interesante del principio del Bien y del Mal. Mencionaré como uno de los innumerables ejemplos a la leyenda Quiteña de la construcción del templo de San Francisco. El indio constructor no era capaz de cumplir su contrato a tiempo estipulado y estaba en peligro de perder toda su fortuna. El diablo se presentó (vestido de caballero) y le propuso terminar la construcción de la iglesia a tiempo, desde luego recibiendo el alma del indio como pago. En la mañana de la terminación, el diablo se presenta, pero la mujer del indio se sienta en el sitio en que falta una piedra hasta que tocan el Angelus. El diablo no pudo terminar a tiempo y el alma está salvada. En verdad, el indio pierde su alma haciendo un contrato con el diablo. Se salva no por arrepentimiento, sino por otra maldad, es decir por el engaño! ¿Por qué no se salva el alma del indio merecidamente por la belleza del templo construido en honor de Dios?

En la antigua leyenda del doctor Faustus como también en la tragedia de Marlowe el diablo se lleva a Fausto. Goethe le salva con buena intención y sobrados motivos, por lo tanto en la obra de Goethe Mephisto queda engañado.



Fausto no queda salvado porque "siempre se esfuerza", sino porque también Mephisto se descuida por unos sentimientos sexuales que el aspecto de los ángeles despierta en él. ¡Mucho más importante es que el diablo de Goethe parece con frecuencia una apología del diablo! Ya desde el principio es "parte de la fuerza que siempre quiere el mal y hace el bien". ¿No será esto una conversión del papel, una transformación indebida del diablo? De esta manera cualquier mal puede ser defendido. Mephistopheles no es solamente el principio del mal, es también el principio inteligente. No hay duda que Goethe dice muchísimas verdades, caras a su corazón, por boca del diablo. El diablo es (como en la leyenda popular) caballero. Ya no es "el fantasma nórdico". ¿No será acaso el diablo vestido de caballero, porque el caballero explotador es para el pueblo el principio del mal? Existe la posibilidad de considerar también al diablo Goetheano de esta manera. Mephisto es el principio egoísta, vencido al fin cuando Fausto obra en favor de los otros, de la multitud. Esta interpretación no es un modernismo, sino que está claramente dicho en la segunda parte de la tragedia. Con eso el diablo de Goethe ya se vuelve crítica social y deja de ser principio; es menos universal que el destino de Esquilo, también es menos grande. Si el principio del mal está genialmente reconocido por el poeta alemán, el diablo capta decididamente nuestra simpatía de una manera indebida y exagerada. Naturalmente tanto Fausto, el hombre buscador y bueno, como el diablo se encuentran en cada alma, —o como lo expresa Fausto: "dos almas están en mi pecho"—. Pero el juego con el mal es peligroso, Goethe se enamora del diablo ¿tal vez el mismo tenía demasiada parte en él? Al terminar la tragedia de Margarita, la primera parte del "Fausto", el diablo dice "está ajusticiada", voces celestiales contestan "está salvada". Cuando Goethe era ministro de Estado cayó sobre su escritorio la condena a muerte de una pobre muchacha que en su desesperación había matado a su hijo. El señor ministro von Goethe firmó y confirmó la condena con el terrible apunte "también yo". En este caso el empleado público, el hombre poderoso, no habló con la voz celestial, sino con la de su propio diablo, firmó la sentencia "está ajusticiada". ¡El ministro y el jurista cumplió diabólicamente con su deber!

El poeta contemporáneo de Goethe, Schiller, nos regaló, como buen dramaturgo, algunos ejemplares de malvados.



Muchos consideran a Yago en el "Otelo" como el malvado más perfecto. Se ha sostenido que Yago no tiene motivo para obrar contra Otelo, por lo tanto busca motivos, —la sospecha de haber sido engañado por su propia mujer, que sin duda es falsa. La verdad es que Yago no es ascendido, que es superado por Casio... y que se siente ofendido por su general, el moro, a quien considera como de una raza inferior a la suya. Yago obra por odio racial, motivo muy característico en el anglosajón (Shakespeare olvida siempre que sus héroes son nominalmente italianos). Shakespeare desarrolla magistralmente la intriga del joven (Yago tiene 29 años) ambicioso. Mientras que Shylock tiene cierta razón en su rencor, el rencor de Yago es infundado; Yago es el malvado perfecto.

El más gran contemporáneo de Shakespeare, Christopher Marlowe, escribió un "Doctor Faustus". Desde luego la obra más famosa sobre Fausto es la tragedia de Goethe. Nos interesa en esta conexión porque el diablo debe ser la encarnación, el mismo principio del mal. Es un hecho curioso que el diablo parece ya en las leyendas populares con frecuencia no como algo grande, sino como "pobre diablo" engañado, es decir el diablo es muy humano. Estas leyendas muestran en su mayoría una desviación interesante del principio del Bien y del Mal. Mencionaré como uno de los innumerables ejemplos a la leyenda Quiteña de la construcción del templo de San Francisco. El indio constructor no era capaz de cumplir su contrato a tiempo estipulado y estaba en peligro de perder toda su fortuna. El diablo se presentó (vestido de caballero) y le propuso terminar la construcción de la iglesia a tiempo, desde luego recibiendo el alma del indio como pago. En la mañana de la terminación, el diablo se presenta, pero la mujer del indio se sienta en el sitio en que falta una piedra hasta que tocan el Angelus. El diablo no pudo terminar a tiempo y el alma está salvada. En verdad, el indio pierde su alma haciendo un contrato con el diablo. Se salva no por arrepentimiento, sino por otra maldad, es decir por el engaño! ¿Por qué no se salva el alma del indio merecidamente por la belleza del templo construido en honor de Dios?

En la antigua leyenda del doctor Faustus como también en la tragedia de Marlowe el diablo se lleva a Fausto. Goethe le salva con buena intención y sobrados motivos, por lo tanto en la obra de Goethe Mephisto queda engañado.



Fausto no queda salvado porque "siempre se esfuerza", sino porque también Mephisto se descuida por unos sentimientos sexuales que el aspecto de los ángeles despierta en él. ¡Mucho más importante es que el diablo de Goethe parece con frecuencia una apología del diablo! Ya desde el principio es "parte de la fuerza que siempre quiere el mal y hace el bien". ¿No será esto una conversión del papel, una transformación indebida del diablo? De esta manera cualquier mal puede ser defendido. Mephistopheles no es solamente el principio del mal, es también el principio inteligente. No hay duda que Goethe dice muchísimas verdades, caras a su corazón, por boca del diablo. El diablo es (como en la leyenda popular) caballero. Ya no es "el fantasma nórdico". ¿No será acaso el diablo vestido de caballero, porque el caballero explotador es para el pueblo el principio del mal? Existe la posibilidad de considerar también al diablo Goetheano de esta manera. Mephisto es el principio egoísta, vencido al fin cuando Fausto obra en favor de los otros, de la multitud. Esta interpretación no es un modernismo, sino que está claramente dicho en la segunda parte de la tragedia. Con eso el diablo de Goethe ya se vuelve crítica social y deja de ser principio; es menos universal que el destino de Esquilo, también es menos grande. Si el principio del mal está genialmente reconocido por el poeta alemán, el diablo capta decididamente nuestra simpatía de una manera indebida y exagerada. Naturalmente tanto Fausto, el hombre buscador y bueno, como el diablo se encuentran en cada alma, —o como lo expresa Fausto: "dos almas están en mi pecho"—. Pero el juego con el mal es peligroso, Goethe se enamora del diablo ¿tal vez el mismo tenía demasiada parte en él? Al terminar la tragedia de Margarita, la primera parte del "Fausto", el diablo dice "está ajusticiada", voces celestiales contestan "está salvada". Cuando Goethe era ministro de Estado cayó sobre su escritorio la condena a muerte de una pobre muchacha que en su desesperación había matado a su hijo. El señor ministro von Goethe firmó y confirmó la condena con el terrible apunte "también yo". En este caso el empleado público, el hombre poderoso, no habló con la voz celestial, sino con la de su propio diablo, firmó la sentencia "está ajusticiada". ¡El ministro y el jurista cumplió diabólicamente con su deber!

El poeta contemporáneo de Goethe, Schiller, nos regaló, como buen dramaturgo, algunos ejemplares de malvados.



Ya hemos mencionado el más perfecto en su primera obra de juventud que parece prestado de Shakespeare. Schiller como historiador no estaba convencido del mal. Precisamente en su obra más importante ("Wallenstein") nos deja en las mismas dudas sobre la posición de su héroe como en sus investigaciones históricas. No dice ni "bueno" ni "malo". Del gobernador Gessler en "Wilhelm Tell", tipo malvado, podemos decir que es una figura de leyenda sin importancia propia. Pero una figura de malvado en la obra de Schiller me parece merecer un estudio especial, la del rey Felipe II, en su "Don Carlos".

También lo humano del rey Felipe fue más tarde descubierto por un gran actor. Hasta en la ópera de Verdi se le devuelve algo de humano. Pero fundamentalmente el Felipe original de la tragedia de Schiller es malvado, y malvado aparece también en la gran novela del pueblo flamenco, en el "Ulenspiegel" de Charles de Coster. Pero tanto Schiller como de Coster miran a Felipe II. desde el punto de vista protestante, es decir hostil. Los españoles llamaron al mismo rey "el rey prudente", y en "El Alcalde de Zalamea" es precisamente el rey Felipe II. el que hace justicia, defendiendo al hombre del pueblo contra la ofensa por el caballero. Aquí no se trata de la ambigüedad en nuestra propia alma, sino del juicio histórico y social que depende de la posición del juez y no de la bondad o de la maldad del acusado. De cualquier manera Felipe siempre aparece como el rey, es decir como el hombre de su deber, de su oficio; pero a este papel histórico le consideramos una vez "bueno" y otra vez como "malo".

Tenemos que volver al diablo. Aparece como demonio, como figura satánica en muchas obras menores —en Cuentos de Hoffmann por ejemplo—, pero no tan dominante como en la obra de Goethe. Thomas Mann le hace reaparecer en su "Doctor Faustus", y otra vez el diablo es el principio motor. Thomas Mann por cierto no tiene nada de diabólico; su diablo favorece el progreso del héroe, siendo el principio de la enfermedad, un diablo bastante pequeño. En otra novela moderna "El Caballero de la Libertad" de Diego Viga, el diablo aparece como el principio de la Nada, de la negación absoluta, por lo tanto en el papel dominante que le corresponde. Es muy característico que el escritor católico Giovanni Papini en nuestro tiempo le dedicó un libro al diablo, y sostiene que Dios le perdonará. Esta opinión tropezó con



las autoridades eclesiásticas y el libro fue puesto en el "índice". ¿Puede perdonarse al diablo? Cuando el diablo es el espíritu del mal no se le puede perdonar, si es solamente un aspecto de lo humano... tal vez. Pero nos parece dudoso, puesto que entonces es la parte del ser o del alma que estamos obligados a eliminar de nosotros mismos; no debemos perdonarle!

En la novela de alta calidad, el malvado siempre tiene un sentido social, ya no aparece como el malo "porque sí". En la obra de Fielding por ejemplo el malo es un señorito consentido, dañado por la educación. En las novelas de Dickens hay personas malas que no están bastante explicadas, pero al fin Dickens busca siempre un fondo sociológico. Entre los novelistas más grandes Balzac tenía decididamente el valor de pintar al malvado, y hasta al malvado gigantesco, tan raro en la vida y en la literatura —Vautrin o Collin, figura dominante de las obras centrales del gran autor ("Père Goriot", "Esplendor y Miseria de las Cortesanas"). Pero también este gigante desempeña un papel social y sirve para la crítica social más dura: El criminal de talla monumental termina... como jefe de policía! El otro malvado acabado de Balzac es una mujer, la "Prima Bette". Si alguna vez se ha creado una figura demoníaca, es esta vieja solterona, amargada y por lo tanto destructora de vidas y felicidades ajenas. El contemporáneo de Balzac y fundador de la novela psicológica, Stendhal, ya no nos pinta el malo perfecto, era demasiado escéptico para creer en buenos y malos. Su malo, por ejemplo el duque de Parma, es en verdad un tonto —y un conde Mosca puede hacer cosas malas, pero es demasiado espléndido para creer en ellas. El gran criminal y la mujer compañera de él en "Lamiel" son demasiado interesantes, demasiado románticos, pero también demasiado considerados con ojos de crítica social para parecernos "malvados". Y el casi-asesino en "Rojo y Negro" es víctima de una sociedad mal organizada, y de un tiempo inadecuado para jóvenes progresistas.

¿Y los grandes rusos? Gogol es demasiado irónico para que haya buenos y malos en su obra. Los héroes de Goncharow son hombres con defectos humanos, pero nunca malvados, aun cuando el autor no está de acuerdo con ellos como el nihilista en el "Abismo", mucho menos Oblomow que se parece demasiado al mismo autor para ser malo (además es el hombre completamente pasivo). Tolstoy es tan grande



que otra vez el destino parece dominar sobre sus héroes. Hay muchísimas maldades, hay mucho mal en la obra de Tolstoy, pero el verdadero malvado no aparece. El malvado parece otra vez el demonio en cada uno, los deseos e impulsos de los seres humanos, las instituciones humanas, no el hombre. Tolstoy es una mezcla única en toda la literatura mundial: tiene todavía la gran fuerza del destino, el destino inevitable de Esquilo y de la misma naturaleza, y es al mismo tiempo un crítico perfectamente moderno de la sociedad y de sus instituciones. El enemigo es en "La Sonata de Kreutzer" el sexo, y en "La Guerra y la Paz" Tolstoy ridiculiza el papel preponderante que se atribuye a los individuos en la historia. Ni Napoleón, el gran enemigo, es para Tolstoy un gran malvado, mucho menos la pecadora "Ana Karenina" o el príncipe seductor en la "Redención". Todos son pobres hombres, dentro de un destino digno de Shakespeare y Esquilo.

El más demoníaco de los rusos era Dostoyewsky. Tolstoy era un gran señor que trató de vivir según sus principios, libertó a sus siervos, regaló sus posesiones. Dostoyewsky vaciló entre revolución y más tarde reacción, y acabó como reaccionario fervoroso. En su juventud violó a una chica, tenía algo de demonio en sí mismo, muy fácil de explicar por su enfermedad, la epilepsia que desempeñó un papel dominante en su vida y en su obra. Pero todos los asesinos en las novelas de Dostoyewsky son pobres seres humanos. Siempre hay algún demonio dentro de ellos, pero nunca puede uno identificarlos con el demonio.

Ibsen ya conoce solamente la figura interesante, la crítica social, el análisis psicológico. Strindberg ve el mal en todas partes, en primer lugar en la mujer. Pero el mal de Strindberg no es "la maldad", es un rencor personal del gran dramaturgo y escritor, es mucho más pesimismo que maldad lo que vemos en todos los horrores que él nos pinta.

¿Se acabó el mal al fin? Don Juan, el burlador por maldad en la obra de Tirso de Molina, se vuelve caballero en la obra de Molière y en la ópera de Mozart, héroe romántico en las poesías de Byron y de Lenau, es redimido en la pieza de Zorrilla. En "Hombre y Superhombre" de Shaw Don Juan es la víctima de las mujeres, ya no pertenece al demonio, es un fenómeno interesante, objeto de estudios psicológicos. Revisando la literatura uno podría decir que los malvados se acabaron...



¡No! Resurgieron. Maldad y malvados reaparecieron, gracias a la terrible vivencia, a la tremenda verdad, al hecho innegable que la maldad existe. Se impuso de tal manera que volvió a ocupar un gran campo en la literatura, que volvemos a ver los malvados en el teatro, en la novela... y lo que es mucho más grave, en la vida real. Desde luego el curso era al revés; reaparecieron y se impusieron en la realidad, y la literatura es su reflejo.

Después de la primera guerra mundial no vemos al malvado. Aparecen muchos libros contra la guerra, se pintan los horrores de la guerra, de la revolución. Hay mucha crueldad en la obra más grande sobre la guerra civil rusa, "El Don Quieto" de Choloiov, pero no hay personas malvadas. Obran muy mal, asesinan, engañan, pero casi nunca por pura maldad. Deben luchar por sus ideas, por un mundo nuevo o defienden al mundo antiguo, sus derechos hereditarios. Pero ya podemos ver un hecho en este libro, reflejo de la realidad: es el miedo que produce la crueldad. La represalia sale del miedo: "si no mato al enemigo, el enemigo me matará a mí". La maldad es producto del ambiente, no se puede dudar de esta verdad. En la literatura de la postguerra (de la primera guerra mundial) vemos nerviosidad, escepticismo —pero no la maldad pura. El malvado ya no era de moda. Hay problemas sociales, problemas sexuales, problemas psicológicos. El malvado parecería ridículo, anticuado a esta generación.

Pero actualmente tenemos procesos contra asesinos de millones. Reaparece la maldad en una escala nunca imaginada. Esta maldad encuentra su reflejo en los que la han sufrido. Reaparece el malvado sobre la escena contemporánea. Para mencionar unos pocos ejemplos: Para Sartre la existencia es tan mala que el recuerdo es suficiente para todos los sufrimientos del infierno; no se necesita tortura! Las obras dramáticas de Sartre están llenas de maldad, de maldad desesperada, sin redención. Sartre ha vivido la dominación alemana, la resistencia. Para Sartre el mal es una fuerza dominante, no depende de los hombres. En el "Engranaje", el hombre se vuelve malo, acaso sin ser malo. En "Las Moscas", en "Sepultados en Vida" siempre vemos la maldad. ¡Lo malo es el poder! Con todo Sartre no desespera de la sociedad humana, lo que prueba en su ensayo sobre la literatura: al creer en el papel de educador del escritor, debe también creer en el hombre y en la sociedad humana. Pe-



ro el poder es trágico: el que adquiere poder debe obrar mal. Simbólicamente Camus mostró hechos parecidos en "La Peste". En "La Peste" no es el hombre malo, sino la peste, impersonal, que hace obrar a los hombres. Esta peste es símbolo de un poder maligno.

¿Volvemos al pesimismo de Esquilo? Jean Anouilh también nos muestra individuos malvados ("Jezebel", "Medea"), pero es más bien decadencia individual que maldad universal. También en la novela reaparece el malvado. El joven fascista, "Héroe de nuestro tiempo" de Vasco Pratolini, es un diablo dantesco, desgraciadamente un diablo muy realista y genuino. El joven dañado por su época. Pratolini tiene una posición política que le hace luchar contra este mal. Cree otra vez que el mal existe, pero que es posible erradicarlo. El "Héroe" es última consecuencia de una época. El asesino en "Las siete vidas de Wenceslao Perilla" de Viga es consecuencia de una época; pero es también un símbolo, es malvado, aunque no tiene la culpa. Aquí surge la tremenda pregunta: ¿Es el asesino culpable o no? Si el poder es malo, hay que combatirlo. Si el poder manda maldades, no se deben obedecer. ¿Es excusa que los hombres obran mal por pertenecer a un poder malo? ¡No es un destino inevitable el doblarse a la maldad, el ejercerla ex officio! ¿Qué se puede hacer, si el poder es malo de por sí?

Dos obras dramáticas modernas me parecen buenos ejemplos del problema de la maldad. Una es "La Visita de la Señora Vieja" de Friedrich Dürrenmatt. Una vieja señora inmensamente rica visita al pueblo de su juventud. Salvará al pueblo de su miseria cuando la gente cometa un asesinato. Este asesinato le parece justicia a la vieja; el hombre que debe ser sacrificado tiene la culpa de su maldad. Y la gente obedece. El asesinato se comete y el pueblo se hace próspero y "feliz". Es una sátira sumamente amarga. La señora "tiene razón" porque es lo que es, es mala por obra de aquel hombre, su primer amante. Ha sufrido, es producto de una sociedad egoísta, basada en el dinero, sobre el poder del dinero. Ha conseguido dinero y por el dinero domina a la comunidad. Los miembros de este pueblo cumplen su deber con su pueblo, haciéndolo y haciéndose ricos. No vemos salvación: el mal domina y hace a todos "felices". Muy característicamente no es un gran criminal, son los pequeños, los buenos burgueses quienes cometen el crimen! Si esto es el caso, la sociedad está perdida.



Hay que cambiarla, dice Bertold Brecht, el gran autor dramático de la República Democrática Alemana. En una de sus obras más profundas y mejores trata del problema del bien y del mal, "El buen Hombre de Sezuan". Parece una leyenda colocada en la China, en tiempos casi modernos (una de las personas es un aviador). Tres dioses vienen a la tierra para buscar a un hombre bueno. La única persona que les ofrece bondadosamente alojamiento es una prostituta. Los dioses le regalan mil dólares de plata. La muchacha se compra un pequeño almacén de tabaco. Pero siendo buena de veras, es aprovechada y explotada por todos, engañada por el hombre a quien ella quiere (un aviador fracasado), por viejos tunantes... desaparece la muchacha, y aparece su primo. El primo arregla los asuntos, pone todo en orden; saca a los que se aprovechan, salva el negocio, funda una fábrica, usa al ex-aviador como capataz que controla cruelmente el trabajo de los otros: es malo. La mujer vuelve y cae otra vez víctima de su buen corazón. Reaparece el primo. Por fin el primo es acusado de haber hecho desaparecer, probablemente de haber asesinado a la buena mujer. Los dioses y la policía buscan al buen ser humano. Y reaparece la mujer, los dioses la elogian como "el buen hombre". Entonces ella confiesa que también es el malvado, puesto que ella y el primo son la misma persona! El bueno no puede vivir en este mundo de explotación si no es al mismo tiempo malo. Pero Brecht rehusa dar una solución a su leyenda dramática. El mundo, la sociedad debe cambiar. No dice si su buen hombre, ni tampoco si su malvado es culpable. En esta obra existe la lucha, por lo menos el ataque contra el egoísmo. Algo tiene el malvado de Brecht en común con los buenos campesinos de Duerrenmatt y con los más grandes criminales de guerra, los más grandes asesinos de la historia: Es un hombre pequeño. ¡El hombre malvado existe en la literatura y en la realidad de nuestra época! Pero no es la "Bestia rubia" soñada por Nietzsche, no es otro Cesare Borgia, ni Ricardo III., no es el valiente. ¿Acaso el malvado grande y heroico será solamente un invento poético? El malo grande nos es soportable (en cuanto no somos personalmente sus víctimas, se entiende: con preferencia cuando pertenece a una época lejana, desaparecida!). Lo que es horrible es el malvado de verdad, el pequeño cobarde que obra mal por miedo; por miedo a sus enemigos, por miedo a las autoridades. ¡El pequeño bur-



gués que asiduamente cumple con su deber de mandar diariamente niños inocentes y mujeres indefensas a los hornos de cremación es el malvado de nuestra época! Cada uno de estos héroes del mal era demasiado cobarde para resistir —o es demasiado cobarde para confesar su sadismo, su maldad. El mal es resultado del miedo; el más cruel es él, que sabe que desaparecerá, que solamente puede perder. Peor que el gran malvado, el diablo de talla, es el pequeño, medroso que asesina por oficio —que obedece a los mandatos de una sociedad sin criticarla. ¿El asesino de miles, buen burgués en su vida privada? ¿Hombre bonachón, buen padre de familia, amante de los niños de quienes manda miles a hornos de cremación? ¡Este es el mal inaguantable! Hay que cambiar una sociedad humana en la que tal acontecimiento es posible. ¿Pero exime eso de la culpabilidad? La insensibilidad del verdugo minúsculo es más horrorosa y más asquerosa que la del gran criminal. No es bestial! La bestia o la fiera mata por hambre o por miedo, no mata por “el deber....”

Desgraciadamente no podemos dudar de la existencia del malvado en nuestra época. El malvado no puede ser salvado, no es Don Juan que heroicamente se ríe de la estatua ¡es el pequeño cobarde bonachón! Y para éste no hay salvación. Debe desaparecer —deben desaparecer todas las posibilidades de su existencia, debe redimirse la sociedad humana. Ella puede salvarse, no el criminal.

Pero debemos destruir la leyenda del asesino heroico. El malvado es feo y despreciable. La verdad es el diablo cojo con uña de caballo, no el caballero del infierno. Hay que destruir el “fantasma nórdico” como lo llama el mismo diablo en el “Fausto”. ¡Tenemos que eliminarlo de la sociedad, hacer imposible su reaparición! Y no nos olvidemos del diablo, del peligro del hombre malo en cada uno de nosotros mismos. No le podemos negar, debemos combatirlo. No podemos perdonar al diablo pequeño, sería demasiado cómodo para nosotros, hombres pequeños.

Pero, no somos malos, no nos sentimos perversos. ¿De qué se nos puede acusar? Del crimen más grande y de los criminales más grandes: la indiferencia para el sufrimiento ajeno. Esta indiferencia, este descuido interno produce al criminal pequeño —al más peligroso de todos en una época, en la cual el movimiento de una palanca puede ocasionar la muerte de centenares de miles de seres humanos! El



hombre insignificante puede mover la palanca! Y no tiene que mirar a los ojos de las víctimas, no debe ser el gran criminal un hombre de talla para ocasionar un sufrimiento incalculable.

